



Boletín
de la
REAL ACADEMIA
de EXTREMADURA
de las LETRAS
y las ARTES

Tomo XII

Año 2002

☞ SUMARIO ☞

CREACIÓN LITERARIA

- En carnaval, disfraz nuevo* 5 ALONSO ZAMORA VICENTE
De cielo en cielo y dos noches 11 TOMÁS MARTÍN TAMAYO
Poemas 25 ANTONIO GONZÁLEZ NOGALES

CREACIÓN MUSICAL

- Misa breve (Dedicada a D. Pedro Rubio*
Merino en sus bodas de oro sacerdotales) 33 MIGUEL DEL BARCO
Tres canciones (Poemas de Rosa María Lencero) 39 MIGUEL DEL BARCO
¡Gracias, Señor! (Poema de Luis Álvarez Lencero) 51 MIGUEL DOMÍNGUEZ MERINO

INVESTIGACIÓN

- Azorín en Santa Marta.*
Alegoría en la Escuela [El maestro] 61 FERNANDO PÉREZ GONZÁLEZ
E ISABEL MARÍA PÉREZ GONZÁLEZ
El entallador y escultor Guillén Ferrant 75 DIONISIO Á. MARTÍN NIETO
Don Benito en la primera mitad del siglo XVI 181 ÁNGEL BERNAL ESTÉVEZ



¿Cultura o civilización? Un debate necesario

JOSÉ ANTONIO BALLESTEROS DIEZ

La caída del comunismo, en Rusia y su órbita de influencia, hizo pensar que finalizaba efectivamente la guerra fría y la hostilidad entre dos mundos. El fracaso de esa ideología llevó a Fukuyama a escribir un artículo donde se argumentaba que el sistema capitalista se había quedado sin alternativa, sin adversarios, sin límites para organizar la vida económica de los pueblos, era «El fin de la Historia», como así titulaba su trabajo, pues al no haber adversarios ya no habría conflictos.

Muy poco después, en 1993, Huntington publicaba un pequeño ensayo donde exponía que al entrar en nueva fase las relaciones entre los pueblos se cambiaría radicalmente el origen de los conflictos; ahora ya no procederían del enfrentamiento ideológico, o de luchas económicas, sino de la diferencias culturales que, al ser muy acusadas, llevarían al «Choque de civilizaciones», título precisamente de tal ensayo. Como consecuencia de ese planteamiento, las líneas de separación entre civilizaciones serían las líneas de batalla en el futuro.

En el propio contexto del trabajo de Huntington aparecen dos conceptos que son claves para entender el problema que se aproxima: uno es «cultura», el otro «civilización»; y dice que la civilización es la más alta agrupación cultural de personas, el más extenso ámbito de identidad cultural que tenemos, salvo el que distingue a los seres humanos de la otras especies. Huntington, pues, habla de diferencias culturales, de unidades culturales, pero no define qué es la cultura. Tampoco se determina con precisión el concepto de civilización, que define como una unidad cultural, con lo que, en definitiva, identifica los dos conceptos, aunque al detallar que las civiliza-

ciones se diferencian entre sí por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y, muy especialmente, la religión, nos hace ver que para él la cultura es sólo un elemento de la civilización, y no el más decisivo para el enfrentamiento entre unas y otras civilizaciones, papel que para Huntington recaerá en las diferencias religiosas, y pone como ejemplo que una persona puede ser medio francesa y medio árabe, pero no puede ser medio cristiana y medio musulmana. Con tal ejemplo el profesor norteamericano hace un cambio de escala en el planteamiento del problema, pues ahora el enfrentamiento entre civilizaciones no se va a producir entre estados, o comunidades políticas, sino que lo traslada al plano individual, el de la profesión religiosa de las personas, aunque luego, en el desarrollo del texto siempre se refiera a las grandes comunidades que representan a unas determinadas civilizaciones: la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslavo-ortodoxa, la iberoamericana y la africana, esta última como posibilidad en el futuro. Por otra parte, el ejemplo citado, aunque acentúa la influencia de la religión como elemento no compatible cuando sea distinto entre uno y otro grupo; sin embargo sabemos que, en nuestra civilización, el avance del pensamiento moderno desde el Renacimiento se ha caracterizado, entre otros aspectos, por la secularización de las sociedades, de tal modo que, aun reconociendo la importancia histórica de la Iglesia y la función social que desempeña, la creencia religiosa se ha reducido al ámbito personal de cada ciudadano, afirmándose el derecho a la libertad religiosa como principio político que ésta presente en las constituciones de muchos estados.

Por todo ello, y sin perder de vista que las predicciones de Huntington se están cumpliendo en muchas partes del mundo, como han sido las luchas disgregadoras de Yugoslavia entre serbios, croatas y bosnios; como es el desafío del radicalismo islámico al mundo occidental con la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de Septiembre de 2001; como, con harta frecuencia, vemos en España en sucesos y conflictos donde participan, como actores o como víctimas, inmigrantes. La distinta visión de estos problemas por diferencia de mentalidades, de intereses políticos, etc. se ha polarizado mucho en torno a la ley de extranjería, presentándose argumentos que justifican distintos modelos de marcos de convivencia, y así se ha defendido el multiculturalismo, la integración cultural, el diálogo intercultural, y hasta la asimilación cultural, incluso se ha rebasado este plano relativo al problema de la recepción de inmigrantes en España para aludir a las consecuencias conflictivas de los nacionalismos que han puesto rumbo a un destino trágico: el nazismo.

En nuestro caso, pienso que hay dos aspectos previos a señalar, uno es el modo cómo se debate, que una viñeta reciente de Mingote expresa con más precisión que todo un tratado, y en la que, con dos personajes, uno dice: «Creo que no debemos descartar la posibilidad de que un individuo de los escaños de enfrente tenga razón alguna vez», y el otro responde: «No fastidies»; la concisión de la respuesta no deja lugar a dudas de que el diálogo público está excluido de nuestra convivencia, lo que ciertamente es muy malo, pues precisamente la convivencia se tiene que asentar en la aceptación de la diversidad y en la búsqueda de consensos que permitan el progreso social con la participación de todos, sin exclusiones algunas; pero ya en algunas partes de nuestro país hay muchos ciudadanos que son excluidos de un modo fáctico de su participación en la vida pública, es lo que, trágicamente y con gran acierto, llaman en el País Vasco la muerte civil. Por ello Mingote nos muestra con agudeza la gangrena que invade y corroe a nuestra sociedad; es el diálogo de sordos, es la exclusión de la participación pública a todos aquellos que no están vinculados a unos grupos determinados lo que produce, por una parte que sólo se oigan unos discursos repetidos y, en gran medida, anticuados, cuando no obsoletos, y que, además, no suelen estar argumentados para aportar las ideas que más convengan al proyecto que se debata, sino a la destrucción de las del adversario, y, muchas veces, sólo a la descalificación personal de los participantes, que aunque sufran tal descalificación no dejan de ser unos privilegiados en tanto que participantes; por ello, realmente no hay debate, sólo hay tiroteo verbal desde posiciones inamovibles. Como consecuencia de tal situación, que por su trayectoria parece se va a convertir en un estado de cosas, pues tiene todo el cariz de pasar de transitoria a permanente, se ha producido un enorme vacío, y no porque no haya gente que por el nivel de su pensamiento no aporte al conocimiento común ideas útiles, resolutorias de posiciones atascadas, impulsoras de avances o definidoras de nuevos horizontes; y que haya gente que en su vida profesional aportan, un día sí y otro también, logros y logros que dan salud y fuerza a nuestra sociedad; es que al haberse destruido el tejido social para dejarlo efectivamente reducido a las tramas políticas y de los grupos de poder fáctico que señorean nuestra España, la pasividad es la actitud de la mayor parte de nuestra sociedad, y ante eso todo lo que se dice cae en el vacío, y para que valoremos ese vacío y esa pasividad recordaremos, como contraste, los debates en diversos ámbitos: académicos, universitarios, culturales, sociales, que se producían a finales del siglo XIX cuando se discutía, en los albores de la legislación laboral, en torno

a la fijación de un descanso periódico para los trabajadores, donde los liberales defendían que fuera, y se llamara, «semanal», mientras que los conservadores propugnaban también un descanso semanal, pero que se llamase descanso «dominical», para no dejar de simbolizar una raíz religiosa, cristiana en este caso.

De otra parte, tampoco se ha ido a la determinación de qué elementos son los que hay que fortalecer para resistir por nuestra sociedad el embate de tantas fuerzas, provenientes de distintos focos, pero todas dispuestas a anularla o disgregarla. En esta tarea de esclarecimiento pienso que se debería empezar por hacer una aproximación a los conceptos de cultura y civilización.

Ya hemos visto cómo Huntington no aportaba una definición conceptual, y es que, ciertamente, los conceptos de cultura y civilización son bastante nuevos. En el Tesoro de la lengua castellana, obra de Sebastián de Covarrubias (1539-1613), que se editó en 1611, no existe la voz «civilización», y «cultura» es una de las acepciones de cultivar, que se define como «propriamente es labrar la tierra para que de frutos». En la primera edición del diccionario de la Real Academia Española, allá por el año 1780, aparece el término cultura, que era definido como «estudio, meditación, enseñanza con que se perfeccionan los talentos del hombre»: como vemos entre principios del siglo XVII y finales del XVIII se ha producido un considerable salto cualitativo en cuanto a la percepción de la cultura, pero tampoco ahora aparece el término civilización, que no se plasmará hasta el DRAE del año 1832, donde es definida como «aquel grado de cultura que adquieren pueblos y personas cuando de la rudeza natural pasan a la primer elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propios de gente de cultura», en la que vemos también una relación entre cultura y civilización.

Para Octavio Paz, en una de las definiciones más seguidas por antropólogos y sociólogos, la cultura son las costumbres, los usos, las culturas y los saberes de cualquier comunidad, que abarcan desde la poesía hasta la manera de enterrar a los muertos, los ritos, las danzas, la ciencia o la política. Definición que resulta un tanto alejada de la que ofrece la 21.ª edición del DRAE, en la que como 3.ª acepción dice «es el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre», y en la 4.ª: «conjunto de modos de vida y costumbre y grado de desarrollo artístico, científico e industrial en una época o grupo social». Esta misma edición del DRAE define la civilización como el «conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y costum-

bres propias de un determinado grupo humano». Tanto la definición de Octavio Paz como la acepción 4ª del DRAE, presentan la cultura con un perfil de obra colectiva, en el que los usos y costumbres son elementos caracterizadores importantes; y esta visión de la cultura es la que recoge el estudio de la Antropología, como vemos claramente en la definición que de ésta hace Peter Burke, que la entiende como un sistema de significados, actitudes y valores compartidos y las formas simbólicas en que están insertos. Vista así la cultura sugiere que se desliga de la vida de cada persona y será un resultado colectivo, al que unos habrán aportado mucho, y otros poco, o nada; como consecuencia se producirán distintos niveles de culturas, que resumiremos en dos: la alta cultura y la cultura popular, que es aquella en la que predominan actitudes y comportamientos tradicionales, que se manifiestan en los usos y costumbres de los pueblos, cuyo mantenimiento acrítico es muchas veces fomentado sólo por ser tradicional, y pretendiendo con ello afirmar o perfilar una seña de identidad colectiva, lo que adquiere el carácter de algo indiscutible, acrítico, como he dicho antes; con la paradoja de que muchas de estas manifestaciones culturales están reñidas con los presupuestos de una civilización, como son esas fiestas en las que se da un trato irracional a los animales, o en las que se manifiesta expresamente una humillación a otro grupo social, como son muchas de las fiestas que recuerdan conflictos entre moros y cristianos. Parece, pues, que queremos velar por la cultura pero no velamos por la civilización.

Ciertamente, el confusionismo acerca de la cultura siempre ha existido, y nuestra historia nos da de ello un testimonio trágico, pues cuando la Inquisición española trataba de extirpar las prácticas judaizantes de los falsos conversos, una de las pruebas que se estimaban en los procesos era la de que esas personas comían alimentos cocinados con aceite de oliva, y abundaban en ella las frituras con su característico olor, que era el síntoma terrible para hacer una denuncia. Claramente confundían la religiosidad judaica con la pervivencia de la cultura mediterránea manifestada con el consumo de aceite de oliva, que por aquellos tiempos no se usaba en Castilla, al haber pocos olivos, y en las cocinas se empleaba manteca; produciéndose la paradoja de que las Órdenes Militares, instituciones eclesiásticas, fueron las que impulsaron las plantaciones de olivos en las tierras que iban repoblando tras su recuperación a los musulmanes.

En la enciclopedia Encarta, la cultura es el «conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o

grupo social en un determinado período. El término cultura engloba, además, modos de vida, ceremonias, arte, invenciones, tecnología, sistema de valores, derechos fundamentales del ser humano, tradiciones y creencias. A través de la cultura se expresa el hombre, toma conciencia de sí mismo, cuestiona sus realizaciones, busca nuevos significados y crea otros que trascienden». En la misma enciclopedia se define la civilización como «el estado avanzado de una sociedad que posee una unidad histórica y cultural». Como vemos esta última está muy en línea con la que utiliza Huntington, y la de cultura desborda en distintos sentidos las que hemos visto hasta ahora. Para terminar este breve recorrido por la vida de estos términos, vamos a seguir al profesor Jover Zamora, que ha dedicado al tema la preciosa monografía *Por una historia de la civilización española*, donde habla de dualismo entre cultura y civilización, por cuanto ésta siempre está vinculada a aquella, lo que produce «una crisis de identidad de ambos conceptos», pero como historiador que es no deja de tener en cuenta cómo se han acomodado estos conceptos a la experiencia histórica en trances tan dramáticos y crueles como fueron la Guerra Civil Española y la II Guerra Mundial, donde en esta, por ejemplo, uno de los bandos, o más concretamente en el grupo de dirigentes nazis, había gentes con una cultura alta y refinada pero en humanidad no estaban al nivel de su cultura. Y tal recordatorio lleva a José María Jover a establecer que la cultura es algo que afecta a la instrucción de cada uno, a su saber, a sus lecturas, a su cultivo de una ciencia o un arte, es decir, se configura como algo personal, mientras que la civilización se refiere siempre a la actitud de un hombre hacia otro, hacia el prisionero, hacia el herido, hacia las poblaciones no combatientes, hacia el que no comparte la creencia o la propia increencia, hacia el que sufre una reducción de sus derechos, hacia la igualdad de oportunidades y derechos; en fin, hacia la condición humana de cada uno. La civilización será la resultante de la dimensión ética de la sociedad, termina afirmando el profesor Jover Zamora.

La cultura no es, no puede ser, algo pasivo en la vida de las gentes, de cada una de las personas, no debe reducirse a una acumulación de conocimientos, e incluso vivencias, en unos momentos determinados de la vida, sino que debe afrontarse la vida manteniendo y depurando un sistema de valores, y teniendo muy clara cual es la prelación entre ellos.

Una vez establecida una nítida distinción entre la civilización y la cultura, es cuando cobra sentido el llamado choque de civilizaciones, cuya efectividad no es algo alejado en el espacio y en el tiempo sino una nube que ensombrece nuestra vida

en común y es presagidora de una fortísima tormenta. Del posible conflicto entre civilizaciones ya no es aventurado decir que el más inmediato para la nuestra puede proceder de las diferencias con el mundo islámico, cosa que también había dicho Huntington, quien se apoyaba en el texto de un autor musulmán indio que decía: «la próxima confrontación de Occidente definitivamente procederá del mundo musulmán. Es en esta extensión de las naciones islámicas desde el Magreb a Pakistán donde comenzará la lucha por un nuevo orden mundial». Esta problemática relación con la civilización islámica ya había sido vista, desde el punto de vista de la historiografía, por Henri Pirenne, el gran historiador belga, al estudiar las relaciones con los musulmanes en los tiempos medievales, en su gran obra *Mahoma y Carlomagno*, escrita en 1935, donde se sorprendía del distinto comportamiento que frente al Imperio romano habían tenido éstos, al contrario que los pueblos germánicos, y consideraba que la gran pregunta a plantear era para saber por qué los árabes, que no eran más numerosos que los germanos, no fueron absorbidos por las poblaciones de superior civilización de las que se apoderaron, y respondía que la razón es de orden moral, ya que los árabes estaban exaltados por una fe nueva que «los vuelve imposibles de asimilar»; y ni siquiera eran fanáticos en cuanto a la pretensión de convertir a los pueblos dominados, solamente quieren que todos obedezcan a Alá, porque Islam significa precisamente resignación, o sumisión a Alá, y musulmán quiere decir sumiso; por todo ello a los pueblos dominados sólo se les exige obediencia externa, no se requiere su conversión pero sí su acatamiento a una leyes sacadas del Corán con las que, en aquellos momentos, sustituían al Derecho romano.

El paso del tiempo, durante lo que llamamos las edades Moderna y Contemporánea, ha servido para acentuar la divergencia entre las dos civilizaciones; el mundo occidental ha realizado un largo camino en el que, entre otras muchas cosas, se ha producido la secularización de la sociedad, los estados democráticos han sustituido los regímenes de las monarquías absolutas que se consideraban de emanación divina y han impulsado un desarrollo sin par de los derechos y libertades de los ciudadanos, fomentando la igualdad entre las personas y el respeto a la dignidad de ellas; y todo, ello a la vez, dentro de unos avances científicos, tecnológicos y económicos que han llevado a sus sociedades a disfrutar de unos niveles de vida enormemente mejores que los de los pueblos islámicos, que tienen muy clara conciencia de su inferioridad en tal sentido, y quizá en ello radique alguna de las causas del creciente antagonismo, que no se trata de resolver por la vía de mejorar esas condiciones sociales,

económicas y políticas de los musulmanes, sino que, por un posible miedo a la libertad, que necesariamente requieren, hagan lo que dice Popper se produce en algunas sociedades cuando se enfrentan al dilema libertad-seguridad, que es sacrificar aquella y retornar al irracionalismo del pensamiento mágico-religioso, en un retorno también a un mundo colectivista y tribal.

Desde nuestro mundo, desde nuestra mentalidad, que sigue siendo racionalista a pesar del sarpujido que supuso el posmodernismo, debemos reaccionar consecuentemente, es decir, no podemos cerrarnos ante esa situación, debemos mantener y fomentar las relaciones entre ambos mundos, pero todo esto ha de hacerse cartesianamente, es decir, desde la claridad de las ideas. En aras de ello conviene hacer algunas precisiones en torno a una idea que se pretende por algunos sea un nuevo paradigma social: el multiculturalismo.

El multiculturalismo surgió, en la década de los 70, en Canadá, y no como un fruto maduro del pensamiento social sino como un oportuno recurso político para hacer frente al nacionalismo activo en Québec; y en la década siguiente tuvo bastante eco en algunas universidades norteamericanas, desde donde ya se difundió la idea por todo el mundo. El multiculturalismo propugna el respeto a todas las culturas existente dentro de una sociedad, y tal respeto se hace dando a cada una de ellas y a sus diversas manifestaciones y prácticas un valor absoluto, cayendo así de lleno en el relativismo, por el que se considera que no hay nada absoluto para la medida de las cosas. Aplicando pues el multiculturalismo hay que respetar que algunos pueblos, para resolver sus problemas sanitarios y de enfermedades recurran a los remedios mágicos tradicionales dejando de lado la posibilidad de recurrir a una medicina moderna de base científica, como ha ocurrido entre los indígenas de Chiapas; o que tengamos que respetar las mutilaciones que sufren las mujeres musulmanas, incluso dentro de nuestros países; o la desigualdad social de la mujer frente al hombre, también dentro de nuestros países porque así está establecido en su cultura; o que tengamos que pensar que vale lo mismo la música del encantador de serpientes tocando la flauta que el Concierto de Aranjuez, por ejemplo.

Y es que precisamente el multiculturalismo que se predica olvida, o ignora, lo que es la civilización, y por ello tolera costumbres que van en contra de la propia humanidad, y esto hace que no todo sea igual de respetable, y, en algunos casos, de ninguna forma respetable.

Por otra parte, una consecuencia de la práctica del multiculturalismo en una

sociedad es la formación de grupos aislados dentro de una comunidad, configurándose entidades refractarias a la idea, y al objetivo, de un bien común.

Hay que mantener relaciones interculturales, pero sin dejar de tener presente que los valores culturales están subordinados a los de la civilización, y éstos son, en última instancia, los que han de prevalecer. Por ello, la política y, aun más, las relaciones entre los grupos de acogida y los acogidos deben tender a la integración de éstos en aquellos, no a la asimilación, que supondría una aculturación, y que puede ser una opción libre a nivel individual. Porque la integración es una fórmula respetuosa con los valores y formas culturales que no sean incompatibles con los principios de nuestra civilización; y dentro de este ámbito nuevo de relación el contacto entre las culturas puede ser fertilizador para ambas, como de tantos aspectos del mestizaje se conocen frutos espléndidos.

Actualmente nuestras instituciones públicas tienen organismos específicamente dedicados a la cultura, y así proliferan obras importantes, se crean museos, se hacen exposiciones magníficas, se editan libros preciosos, hay conciertos para todos los gustos musicales, etc., etc.; y esto tanto del nivel superior del Estado, las comunidades autónomas y los municipios. Pero ¿a qué objetivo último va dirigida la acción cultural?, porque, en muchos casos, lo que se hace es perpetuar costumbres, llamando cultura a lo que es sólo costumbre; y establecer como valor el costumbrismo puede ser, es, una forma de estancamiento social. Ciertamente hay unos antecedentes en este tipo de política, y es la que vemos en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX cuando para fomentar la idea, o la conciencia, de la nación española, desde las instancias gubernamentales se premiaban obras de pintura de historia, o se llenaban los salones con cuadros costumbristas. Pero esa política, en aquel momento, tenía una finalidad clara, aunque no fuera original y siguiera en alguna medida la estela abierta por los alemanes. Quizá sea ahora el momento en que, más que pensar en lo propiamente cultural haya que pensar en lo propiamente civilizador, fomentando el desarrollo y avance de los valores éticos, jurídicos y políticos que estructuran la democracia; pues si los códigos penales representan efectivamente la conciencia moral de una sociedad, y son el aspecto punitivo de la misma para los transgresores, su organización en medios humanos y tareas legisladoras en realidad están dedicadas a limitar las acciones en el ámbito negativo de esa conciencia moral, es decir, se trata de impedir lo que no se debe hacer; y eso sabemos que es necesario, y que debe ser revisado periódicamente para que no haya disonancia entre nues-

tra conciencia y las leyes que castigan las infracciones, y así hemos considerado muy bien la abolición de la pena de muerte, y reclamamos a los países que aun no lo han hecho para que den ese paso, pero, ¿qué se hace para indicar y fomentar aspectos positivos de nuestro sentido ético?

Es necesario un debate, es necesario que la sociedad civil se rearme frente a estos nuevos retos que pueden atacar y destruir los cimientos de nuestra civilización, y esto nos afecta a todos, y en todos los lugares, por ello presento este texto en un ámbito sereno como es el de este Boletín.



REAL ACADEMIA
de EXTREMADURA

Tomo XII

Año 2002

❧ SUMARIO ❧

ENSAYO

- Ráfagas de periodismo religioso* 297 ANTONIO MONTERO MONTERO
¿Cultura o civilización? Un debate necesario 337 JOSÉ ANTONIO BALLESTERO DÍEZ
Modos de hablar 347 ANTONIO VIUDAS CAMARASA

NOTICIAS

- Feliciano Correa Gamero, nuevo académico
de la Real Academia de Extremadura* 355 J. MÁRQUEZ FRANCO
El Poeta y su verdad: en la muerte de José Hierro 361 EDUARDO NARANJO